

hacen leer con sumo gusto; pero queriendo tomar algunas de ellas por modelo, sin rebaxar el merito de las inglesas, propondría yo las francesas como mas conformes á nuestro modo de escribir y de pensar, y tal vez mas propias para un trato amigable y confidencial. Y baste ya de cartas y de eloqüencia epistolar, para la qual mas que para ninguna otra sirve solo una feliz y culta naturaleza, y perjudica singularmente toda apariencia de estudio.

CAPITULO VI.

Elogios.

El célebre Thomás, no contento con haber obtenido mucho credito por la composicion de los elogios, ha querido adquirirse mas merito en este genero de eloqüencia escribiendo distintamente su historia en dos tomos, en los quales, si he de decir lo que siento, hallo excesiva prolixidad, y no mucha exâctitud. Nuestro intento no nos permite seguir con indi-
vi.

vidualidad todas las huellas de los elogios que nos han dexado los antiguos y los modernos, y nos contentaremos con darles una ligera ojeada. Y pasando en silencio algunos cortos elogios que se leen en los libros sagrados, y algunas memorias del uso de los elogios entre las naciones antiguas, empezaremos por los griegos, de los quales podemos hablar con mas fundamento. El sofista Gorgias puede llamarse el primer autor de elogios, y este ha sido omitido por Thomás, quien por otra parte parece haber querido manifestar exâctitud nombrando hasta aquellos escritores, que no tenian todo derecho para ser colocados en esta clase. Nosotros tenemos de Gorgias el elogio de Helena, publicado por Aldo en la *Coleccion de oradores griegos*, y reimpresso despues por algunos otros, y recientemente por Reiske, que lo ha ilustrado con sus notas (a). Isócrates (b) reprehende el elogio de Gorgias, por haberse entretenido en defender

Griegos
escritores
de elogios.

Gorgias.

(a) *Orat. graec.* vol. VIII. (b) *Helen. Laud.*

der á la que debía alabar ; pero yo no encuentro en aquel elogio ni verdadera alabanza , ni justa defensa , ni otra cosa mas que sutilezas sofisticas , y fastidiosas puerilidades. Ademas de este compuso Gorgias el elogio de los atenienses muertos en defensa de la patria , alabado por Filostrato y por otros muchos , del qual leemos un fragmento en el Escoliastes de Hermogenes. Parece fatal presagio para los elogios el tener por su primer autor al sofista Gorgias , quien si , como hemos dicho antes , es pueril y frio en todas sus oraciones por los afectados y excesivos adornos ; quanto mas no lo habrá sido en sus elogios , donde singularmente debia hacer ostentacion de las gracias de la eloquencia? En efecto no pueden leerse aquellos elogios sin sentir un fastidioso hastio por las menudas y compasadas digresiones , por las frecuentes antitesis , los juegos de vocablos , los conceptos vanos y la desmedida profusion de estudios y frivolos melindres. Tucídides (a) trae

(a) Lib. II.

trae el elogio fúnebre que Pericles hizo al pueblo de aquellos que murieron en la guerra del Peloponeso. Tal vez Tucídides al referir aquel hecho habrá extendido á su modo los sentimientos y los pensamientos proferidos por Pericles ; pero si el elogio fue en realidad compuesto literalmente por Pericles qual lo trae Tucídides , diré con libertad que no puedo reconocer en él al orador que arrojaba de su boca rayos y truenos , y hacia temblar á toda la Grecia. La prolixidad del exordio , el demasiado uso de sentencias , y todo el tejido de la oracion no me ofrecen una idea muy ventajosa de la vehemente eloquencia del orador , ni me hacen ver en sus labios á la Diosa de la persuasiva como la velan los Griegos. Un elogio fúnebre semejante hizo Demostenes por orden del pueblo , como nos lo refiere Plutarco (a) ; pero que este sea el mismo que ahora se lee entre sus oraciones lo niegan justamente Dionisio, Libanio, Fotom. V. Aaa cio

(a) Demos.

cio y los mejores críticos. Aún podrá atribuirse menos á Demostenes el *Erotico*, ó sea el *Elogio de Epicrates*, que no tiene cosa alguna, que nos haga ver la demostenica eloqüencia. Isócrates ha sido el grande elogista entre los oradores griegos. El *Evagoras* es un verdadero elogio del príncipe de aquel nombre, á quien Isócrates quiere alabar por todos aquellos títulos que corresponden á un panegirico, y con un estilo elegante, florido, culto y limado que mejor haga resaltar las alabanzas de su celebrado heroe; pero aquel elogio es sobrado declamatorio; y las alabanzas, compareciendo dictadas por el estudio y por el arte, no dimanadas del corazon y de la íntima persuasion del orador, carecen del espíritu y de la fuerza de la verdadera eloqüencia; á cuyo defecto están tambien sujetos el *Panegirico*, y el *Panatenaico*, dos elogios de Atenas, en los quales parece que se tome mas parte el orador. No hablo de los elogios de Helena y de Busiris, los quales mas bien deben considerarse sofisti-

cas extravagancias que producciones oratorias. Platon quiso mostrar su eloqüencia en los elogios, é hizo uno en el *Meneseno* de los que habian muerto en la guerra, y muchos del amor en el *Convite*; pero ninguno es correspondiente al raudal de la eloqüencia platonica, y todos parecen compuestos por un frio y ocioso declamador. Yo no sé qué puede encontrar Thomás singularmente bello en la oracion fúnebre del *Meneseno*, para recomendarla con tantas alabanzas como lo hace (a). Al contrario Grou la tiene con mas razon por tan poco digna de la eloqüencia de Platon, que cree que él la compusiese para burlarse de la eloqüencia de Aspasia, de quien finge haberla oído Sócrates; y yo ciertamente no encuentro en ella prendas oratorias para que pueda tomarse por modelo de elogios. El *Agésilao* y la *Ciropeia* de Xenofonte, y las *Vidas de los Varones ilustres* de Plutarco las colocan algunos entre los elogios; pero

Aaa 2

¿ quien

(a) *Essai sur les Eloges.*

¿quien no ve que todos aquellos monumentos de la eloquencia griega, pertenecen mas á la historia que á los elogios? Mucho menos debe ponerse entre estos el dialogo de Luciano intitulado *Encomio de Demostenes*, donde es cierto que se alaba á Demostenes, pero refiriendose solo en un familiar coloquio la muerte y alguna virtud suya, y haciendose mas bien una crítica de los elogios que un verdadero elogio. Herodes Atico, Dion Chrisostomo, Aristides, Libanio, Temistio y otros muchos retóricos y sofistas modernos compusieron elogios; pero fueron, como los otros discursos suyos, engalanadas y frias declamaciones, no laudables piezas de verdadera eloquencia.

Los Romanos, tal vez mas que los mismos Griegos, se exercitaban desde tiempos muy antiguos en componer elogios fúnebres; pero que debiese hacerse poco aprecio de tales elogios lo dice expresa-

Ciceron, mente Ciceron (a), el qual, aunque pro-

o nsiup; e ssa A fe-

(a) *De cl. Orat. XVI.*

fesa un sumo respeto á los monumentos antiguos de la eloquencia romana, no sabe hablar con aprecio de tales discursos. El primer panegirico, no solo de los romanos, sino de toda la antigüedad, que haya hecho verdadera impresion en el animo de los lectores, y sea digno de un facundo orador, es el que formó Ciceron de Pompeyo en la oracion por la ley manilia. El mismo Tulio hizo otro panegirico de Cesar en la oracion por Marcelo, y otro de Servio Sulpicio en la Filippica nona; y de este modo dió exemplos de esta, como de todas las otras partes de la eloquencia. Pero las alabanzas que Ciceron da á sus heroes, no están, como en los otros elogios, escritas directamente para formar su panegirico, sino que solo se traen para realzar mas las causas que trata, y por consiguiente aparecen mas agradables é importantes. Se disputa sobre elegir ó no á Pompeyo por general de una armada, sobre conceder ó no á Servio Sulpicio el honor de que se le
cri-

erija una estatua por haber muerto en la embaxada á Antonio, se dan gracias á Cesar por haber perdonado á Marcelo; ¿que cosa pues mas natural que texer elogios á Pompeyo, á Cesar y á Sulpicio por traerlo el argumento, y no adrede para componer un panegirico? Antes bien observo que en la oracion por Marcelo, donde Ciceron parece haber procurado hacer mas directamente un elogio de Cesar, puede acaso culparse al eloqüente Tulio de haberse dexado llevar algun tanto de sutiles conceptos, que usados con exceso, corrompieron en los posteriores panegiricos la fuerza y magestad de la oratoria: lo que no tanto podrá servir de acusacion contra Tulio, quanto de defensa de los otros panegiristas, que cayeron en un escollo que apenas bastó para evitarlo enteramente toda la destreza tuliana. Los escritores romanos nos hablan de muchos elogios fúnebres hechos no solo á Cesar y á otros Emperadores, sino tambien á hombres particulares, y aún hasta á las mugeres

res. Augusto, que segun el testimonio de Suetonio (a), desde su tierna edad se exercitó con ardor y con empeño en el estudio de la eloqüencia, hizo el elogio de su hermana Octavia y de algunos otros; y del mismo modo otros Emperadores no se desdeñaron de emplearse en este exercicio oratorio. Pero de todos aquellos elogios no tenemos mas que algun fragmento que nos refieren los historiadores. Thomás (b) se irrita contra el filósofo Seneca por haber hecho un elogio del liberto Polibio y del debil Claudio. No quiero detenerme á hacer la apologia de Seneca en esta parte, hecha ya victoriosamente por Lampillas (c); pero sí quisiera que nuestros críticos medernos dexasen de acusar á los escritores antigüos por haber una que otra vez ofrecido á sus principes el incienso de alguna alabanza, aunque fuesen indignos de este homenaje. De mejor gana disimularé á un escritor la debilidad de la

adu-

(a) Octav. August. L XXXIV. (b) Cap. XIII.

(c) Sagg. etc. tom. I. diss. III.

adulacion , que el atrevimiento de la satira; y no sé reprehender á los antiguos porque hayan usado con sus príncipes aquel estilo mismo , que usan continua y por lo regular inutilmente los modernos, no solo con los príncipes , sino con qualquier otra persona rica ó poderosa , que pueda proporcionarles alguna ventaja ; ni creo que en los elogios , ó en las satiras de los antiguos oradores y poetas debamos buscar tanto la verdad de las cosas, quanto el estilo y el modo con que están dichas. Pero volviendo á nuestro asunto no veo porque Thomás quiera contar entre los elogios un escrito de naturaleza tan diversa , en el qual queriendo Seneca consolar al liberto Polibio por la muerte de su hermano, entre las varias razones de consuelo pone algunas , que redundan en alabanza del mismo Polibio , y del Emperador , que liberalmente le dispensaba tantas gracias : y el libro de Seneca de la consolacion á Polibio jamas debia ponerse en el numero de los elogios. El primer elogio verdaderamente tal , que tenemos de los anti-

tigüos, es el panegirico de Trajano, compuesto por Plinio el jóven. Este era el orador mas eloqüente de su tiempo; pero su tiempo era muy contrario á la verdadera eloqüencia , para que él pudiese escribir un panegirico con la correspondiente decencia y sobriedad. No son pocos los pensamientos nobles, las imagenes grandiosas y las expresiones sublimes, que se encuentran en aquel panegirico ; pero casi todo se halla infectado del amor entonces dominante al enfasis , á la sutileza y á la novedad. La naturalidad y sencillez no tienen lugar alguno en el estilo de Plinio; todo se anuncia con agudezas y conceptos, en todo se procura hacer ostentacion de ingenio, á todo se quiere dar ayre de maravilloso y admirable, por la afectacion y el estudio se pierde la magestad y la fuerza de la oracion, y las mismas cosas, que expuestas con expresiones comunes serian grandes y sublimes, aparecen frias y pueriles por el enfasis, y por el retoque de los pensamientos y de las palabras. Las antitesis, las alusiones, la concision , el estudio

de omitir algunas palabras, y en suma todo lo que puede mostrar vivacidad de espíritu y agudeza de ingenio, está derramado con prodiga mano en el panegirico de Plinio, y dandole un ayre embarazoso, afectado y estudiado, le quita la fluida facilidad, el magestuoso curso y la romana gravedad del estilo oratorio. Mas sin embargo el panegirico de Plinio conserva elegancia y cultura de lenguaje, y ayudado de la verdadera magnitud del heroe y de las acciones que alaba, y del florido estilo y arte del orador sabe mostrar en sus exâgeraciones é hiperboles alguna apariencia de verdad. Pero en los panegiricos posteriores la incultura y corrupcion del lenguaje y del estilo disminuía el encanto de la verdadera eloqüencia, que hacia sufribles las exâgeraciones y excesivas alabanzas dicitadas por la adulacion. Nosotros tenemos panegiricos de Mamertino al Emperador Maxímiano, de Eumenio á Constantio, de Nazario á Constantino, de otro Mamertino á Juliano, de Latino Pacato á Theodosio, y de algunos otros retóricos

á otros Emperadores; pero en todos estos no se busca mas que las hiperboles y las exâgeraciones, los pensamientos atrevidos y violentos, y las expresiones gigantes y vanas, sin cuidarse de la conveniencia ni de la propiedad. En el lenguaje y en el estilo se ve ciertamente mucho estudio y cuidado, por lo qual aparece menos inelegante que en los otros escritos de aquella edad; pero se hace conocer sobrado la dominante barbarie, y en la misma cultura se siente demasiado la dureza y la miseria: los romanos mismos de aquellos tiempos se habian hecho rusticos é incultos; ¿que cultura, pues, y elegancia podian tener los retóricos galos y celtas, como lo eran comunmente los autores de aquellos elogios? Al mismo tiempo introduxeron los oradores eclesiasticos un nuevo estilo en los elogios fúnebres y en los panegiricos, muy diverso del nombrado hasta aqui. El primero que dió un exemplo de tales panegiricos, fue el célebre Eusebio Cesariense en la oracion que recitó sobre las alabanzas de Constantino

quando se cumplió el treinteno año de su imperio. Un amontonamiento de política, de filosofía numerica, de teología, y, casi estoy por decir, de todo menos de las alabanzas de Constantino forma aquel panegirico, el qual se me hace harto mas insufrible que los hendidos hiperboles y las forzadas alabanzas de los oradores profanos. Por fortuna San Basilio, los dos Gregorios Niseno y Nazianzeno, Ambrosio y otros Padres de la Iglesia griegos y romanos no siguieron el gusto de Eusebio su predecesor, y formaron un genero de elogios mas lleno de interes, y mas digno de alabanza que los otros elogios griegos y latinos de los retoricos gentiles. Un cierto tono de naturalidad y de verdad dá á los elogios de los oradores sagrados aquel interes que no tienen los profanos: el estilo de aquellos no siempre es mas elegante y pulido; pero ciertamente es mucho menos afectado y pueril: su misma sencillez dá no poco decoro y magestad á la oracion de los Santos Padres, que en la de los panegiristas profanos se pierde ente-

ra-

ramenté por el estudio y afectacion: los pasages de la Escritura, y las máximas de religion y de moral añaden tal solidez y autoridad, que de las oraciones fúnebres y panegiricas de los oradores eclesiasticos forman otras tantas lecciones de la mas sana doctrina, y hacen comparecer dignos de veneracion y sacrosantos los sugetos que se alaban.

Hácia el sexto siglo de la Iglesia fue decayendo el uso de los panegiricos entre los griegos y entre los latinos; pero en el restablecimiento de las letras se renovó igualmente esta especie de eloquencia. Se vieron elogios fúnebres no solo de Principes y de valerosos guerreros, sino tambien de pacíficos literatos y hasta de las mugeres, que habian sabido hacerse célebres. Vieronse muchos libros que contenian colecciones de elogios; y salian á luz continuamente galerias, museos y teatros de hombres ilustres, y elogios de todas clases. La obra mas famosa en este genero ha sido la de Jovio, el qual habiendo juntado en una sala los retratos de la mayor parte de los